

EL SOPORTE NAVAL DE CARLOS I. EL ESCENARIO MEDITERRÁNEO

José Cervera Pery
General Auditor. Historiador

Supone para mí un motivo de especial satisfacción, el reencuentro con este Museo de Pontevedra –verdadera atalaya cultural de la ciudad– y de tan anteriores gratas comparencias, que una vez más se inviste como adelantado en las conmemoraciones y recuerdos al programar conjuntamente con el Instituto de Historia y Cultura Naval este ciclo de conferencias en torno a las Armadas y los hombres en el reinado de Carlos I, cuyo quinto centenario de su nacimiento se celebra en el ya casi inminente año 2000.

Creo que los aspectos navales de quien fuera el único emperador del viejo y nuevo continente van a ser tratados con la dimensión y profundidad que requieren al contarse con la presencia de tan ilustres historiadores como son el contralmirante Bordejé y el capitán de navío Cerezo, que van a ilustrarnos con el rigor y solvencia que les caracteriza sobre las campañas navales en el norte de África y sus repercusiones políticas, y la política naval del reinado de Carlos I y la defensa del Atlántico. Junto a ellos, quien os habla intentará glosar el soporte naval de Carlos I en el escenario mediterráneo, con lo que la panorámica marítima con sus luces y sus sombras, entiendo ha de quedar bien perfilada y definida como corresponde a la excelsa figura a la que homenajeamos.

No vamos a caer en el fácil recurso de «adornar» la conferencia con aspectos biográficos del rey de España o del emperador de Europa, cuyos rasgos son bien sabidos. La unión bajo un solo cetro de los territorios correspondientes a cuatro casas reales hizo de Carlos de Habsburgo, Carlos I de España y V de Alemania, uno de los principales personajes de la historia de Europa de todos los tiempos. La figura del emperador ha interesado a numerosos historiadores e investigadores, la mayoría de los cuales ha coincidido en señalar su identificación con el ideal heredado de la cristiandad medieval opuesta al empuje nacionalista característico de los tiempos modernos.

Carlos, hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, nieto por lo tanto por parte paterna del emperador Maximiliano I y María de Borgoña, y por parte materna de Fernando V de Aragón e Isabel I de Castilla conocidos como los Reyes Católicos, ya llevaba sobre sus espaldas desde la misma fecha de su nacimiento el futuro legado de las herencias que a veces causaban más problemas que satisfacciones, sobre todo en la lucha por la hegemonía en la Europa occidental, que es la época en que hay que situar esencialmente, el soporte naval de las luchas mediterráneas.

Las monarquías francesa y española se disputaban desde tiempos atrás la fragmentada Italia. Francisco I rey de Francia y Carlos V que además nunca habría renunciado al ducado de Borgoña anexionado por el franco Luis XI se enzarzaron en una lucha interminable que dio lugar a cuatro guerras sucesivas entre 1521 y 1544. En la primera de ellas se produjo en Pavía en el año 1525 una gran victoria de tropas españolas que llegaron incluso a hacer prisionero a Francisco I. En la segunda campaña se llevó a cabo el tristemente saqueo de Roma en 1527 por las tropas imperiales. Pero ya a mediados del siglo XVI era un hecho la dominación española sobre Nápoles y Milán e indirectamente sobre las regiones de Toscana y Génova, aunque Francia seguía conservando importantes posesiones en el Noroeste de Italia. veremos todo esto más detalladamente, sobre todo en sus aspectos navales.

En el Mediterráneo occidental la lucha de poderes se hace presente con inusitada actividad las galeras de España, Francia y Génova se disputan la hegemonía en los golfos de León, Génova y costas italianas, mientras que la zona sur comprendida entre las costas de España, sur de Italia y norte de África está en continuo litigio entre las fuerzas navales españolas y las de multitud de pueblos piratas berberiscos que pueblan aquellas costas.

Centrémonos pues en el tema sin más trámites o rodeos. Durante un largo periodo de tiempo el Mediterráneo será el teatro principal de las más importantes operaciones navales del reinado de Carlos I. El océano atlántico ha estado tácticamente más olvidado sirviendo sólo de vehículo de comunicación y naturalmente de vía idónea para la expansión imperial en América. El juicio no es del todo exacto. La rivalidad de Carlos y Francisco tuvo su dinámica conflictiva igualmente en el atlántico y en algo más que la aparición de corsarios franceses. El espíritu de las cofradías marítimas cantábricas se mantenía pujante y no eran obstáculos necesariamente inviables la prosecución de las guerras en apoyo del tráfico comercial en los mares del norte. Pero no es mi intención invadir la parcela encomendada al capitán de navío Cerezo, en la seguridad de que habrá que navegar por ella con la pericia y destreza tantas veces demostrada.

El principal teatro de operaciones en los comienzos del reinado carolino es el Mediterráneo en la cuenca occidental italiana, porque es en Italia donde va a tener lugar la primera de sus largas confrontaciones con Francisco I de Francia que le disputa el ducado de Milán. En 1521, fecha en que los franceses hacen su entrada, el dominio del mar en la zona es español, porque Génova no es obstáculo entonces y los españoles pueden ser reforzados desde la península. Pero el francés se ha cubierto las espaldas apoderándose de Fuenterrabía y organizando una fuerte armada en Provenza de la que puso al frente a don Pedro Navarro, el marino conquistador de Orán, Bujía y Trípoli que iba a hacer armas contra su patria. Los combates se sitúan en Génova donde va a cambiar su política interna, que traerá graves repercusiones en el planteamiento estratégico español, pero antes se obtiene la victoria de Bicoca que obliga a los franceses a una rápida retirada del suelo italiano. Las operaciones de

apoyo por mar estuvieron dirigidas por Luis de Requesens, general de las galeras de Nápoles, y Hernando de Adrada. Navarro cayó prisionero en Urbina y fue encerrado en un castillo. Tras esta victoria Carlos vuelve a España, forma una importante escuadra de 150 naves entre españolas y flamencas y con parte de ella bloqueó Fuenterrabía. Los españoles entraron en Francia castigando durante a Behovia y San Juan de Luz, y aquí los temporales jugaron carta a su favor. Fuenterrabía fue recuperada de nuevo, y la escuadra bloqueadora hubo de rendirse a la española, en la que se distinguía el armador don Álvaro de Bazán «el viejo».

La desilusión o despecho de Francisco I al no obtener el imperio iba a traer largas complicaciones. Los estados de Flandes podían verse amenazados en el caso de que Francisco I hubiese concertado una alianza con Enrique VIII de Inglaterra, pero Carlos se le adelantó pactando la unión matrimonial con su hija María. Con ello aseguraba el flanco inglés y las comunicaciones entre Flandes y la Península. La situación se hizo difícil para el rey francés, tras la defección de Venecia su aliada y una declaración de guerra de Inglaterra, de forma más teórica que práctica. Pero en compensación obtiene la alianza genovesa y con ello la puesta a su servicio de Andrea Doria y sus galeras; mientras esta unión duró, el dominio del mar fue mantenido por Francia con todas sus consecuencias(1).

En 1523 hay un nuevo ejército francés en Italia, pero la resistencia de los españoles es efectiva y consiguen arrojar a los franceses sobre Novara y forzarles la retirada en malas condiciones. En julio siguiente los españoles realizan la contraofensiva y al mando de Pescara y del tráfuga Condestable de Borbón entran en la Provenza con el propósito de apoderarse de Marsella, pieza estratégica fundamental para el control del Mediterráneo en una posible protección para el Milanesado. Carlos ve en ello objetivo de principal importancia ya que en el caso de peligrar las comunicaciones marítimas entre España y los Países Bajos, el único camino posible entre el Impero y España, era el que pasaba por el Milanesado precisamente, llegaba a Génova y a través del Mediterráneo oriental enlazaba con los puertos del levante español. En apoyo del ejército, avituallándolo y transportando su material pesado navega una escuadra de galeras al mando de Hugo de Moncada, pero Doria al poner fuera de combate a varias de sus divisiones mantiene el dominio del mar necesario. Tolón sin embargo cayó en poder de la flota de Moncada, pero cuando los imperiales llegan hasta Marsella el bloqueo no pudo ser más completo y fracasó, convirtiéndose en un desastre la retirada ante la falta de apoyo y cobertura naval necesarios. Francisco I apoyado en este éxito, tomó a su vez la iniciativa penetrando en Italia al frente de un fuerte ejército por los Alpes. Sabe que el Milanesado está desguarnecido y quiere aprovecharse de ello. El avance parece incontenible y los españoles evacúan Milán,

(1) Los grandes capitanes de la época, luchaban unas veces en un bando y otras tomaban partido en el antiguo campo rival, siendo muy diversas sus motivaciones.

pero tras el sitio y batalla de Pavía, la sorpresa táctica española y el empleo racional del arcabuz obtiene la victoria. El ejército francés es un conjunto nacional disciplinado y fuerte. Los mandos del ejército español conforman un auténtico barullo de nacionalidades, Pescara, italiano; Lannoy, flamenco; Frundberg, alemán, y Leyva, español. Pero los franceses pasarán de sitiadores a sitiado. Pescara y Lannoy los acorralan entre dos fuegos, Leyva los ataca por detrás, y al caer Pavía, Francisco es hecho prisionero. Italia queda prácticamente en manos imperiales pero el dominio del mar lo seguirá ejerciendo Doria, y sólo en razón de ello Francia podrán reaccionar de nuevo(2) ya que Carlos I, que de seguir el consejo de sus generales pudo haber invadido Francia, escogió el camino de la moderación y la clemencia. La prisión de Francisco I resultó en principio una complicación. El emperador quiso alejarlo en el castillo de Castitnovo en Nápoles, pero el rey prefirió ser llevado a España por razones lógicas de acercamiento en las negociaciones de su liberación. Una dificultad grave se oponía. La escuadra francesa, más poderosa que la española podía en cualquier momento asaltarla y rescatar al rey francés, pero el propio Francisco dio facilidades y convino en un trato con Lannoy. El mariscal Montmorency cedería diez galeras al virrey bien pertrechadas y para que fuesen tripuladas por marinos españoles. La escuadra no sería hostilizada ni a la ida ni a la vuelta. El propio mariscal y el conde Filipin Doria quedarían como rehenes y por su parte Lannoy se comprometía a devolver en Marsella o Tolón pasados quince días, las galeras en el mismo estado que las recibía, comprometiéndose también a no hostilizar por tierra o mar al rey prisionero, así como devolver a Montmorency y Doria con los consiguientes salvoconductos.

La negociación fue secreta La conocían pocos por razones de seguridad. Moncada prisionero en Francia y liberado sin rescate fue el encargado de llevar la noticia al emperador. Ni Borbón ni Pescara sabían nada pues se hubieran opuesto, y Francisco I partió para España con el convencimiento en casi todos de que lo hacía para Nápoles. El rey embarcó en la galera de Portuondo y Lannoy en otra. Las galeras francesas disminuyeron sobre las ofrecidas --de diez a seis-- el viaje fue rápido, y Barcelona quedó impresionada por aquel contraste de las galeras españolas engalanadas y las francesas con las velas negras. Pero Francisco fue liberado pronto y volvió al ataque inasequible al desaliento.

En la primavera de 1526, las fuerzas navales venecianas, pontificias y francesas ejercen el control del mar que permiten aislar Italia de España, con lo que las guarniciones españolas situadas en aquel país podrían verse comprometidas ante la falta de recursos. En un poderoso esfuerzo Carlos reúne 36 galeras en Cartagena con 6.000 hombres a bordo. Lógico parecía que los aliados atacaran esta escuadra e

(2) Don Hugo de Moncada, que habría podido darle acertada réplica, se hallaba prisionero en Francia.

impidieran los refuerzos imperiales pero la falta de criterio de sus mandos fue aprovechada por Lannoy para desembarcar en Gaeta. Navarro lo atacó con poco éxito en día de mar en calma y fue la última acción naval del conquistador de Orán que moriría en un castillo en Nápoles en poder de los imperiales, justo castigo a su traición. Los aliados tendrían que lamentar de inmediato su falta de iniciativa. En mayo de 1527, los españoles desembarcados al mando de Moncada; los alemanes de Frudsberg y todos ellos bajo la suprema jefatura del condestable de Borbón, asaltan Roma y la saquean ferozmente, apresando sin contemplaciones al Papa Clemente VII. Son célebres las palabras ¡misa y duque! El hecho tuvo importantes consecuencias; toda Italia cayó de nuevo en manos imperiales, pero el irreductible Francisco I, forma una nueva Liga contra el emperador en que además de Venecia y del Papa agraviado, entraba Enrique VIII de Inglaterra, presunto suegro despedido de Carlos I, que había dado también un giro estratégico en sus proyectos matrimoniales (3).

A pesar de las continuadas victorias terrestres españolas, Italia no podía ofrecer un final feliz mientras no se ejerciera el dominio del mar en toda su amplitud, ya que los refuerzos de España sólo podían hacerse por vía marítima y llegaban casi siempre con retraso, mientras que los franceses en cualquier momento podían atravesar los Alpes. Se hacía pues imprescindible el alcance de tal dominio. ¿Pero como lograrlo? Las fuerzas navales españolas estaban sometidas a una constante diversión por la amenaza de los corsarios berberiscos que obligaban a mantener una constante alerta en las costas de Levante, sur y del estrecho; los buques que a Sanlúcar llegaban procedentes de las Indias con caudales exigían también atención y protección naval de escolta. Pero un hecho inesperado debido a un tremendo error el rey de Francia trasladaría a España el dominio del mar y con él, el afianzamiento de las posesiones italianas en forma definitiva (Manera).

En 1528 entra de nuevo Lautrec en Italia encontrándose los españoles dispersos y debilitados, precisamente por la falta de apoyo naval que hace difícil las comunicaciones con la metrópoli. Casi en paseo militar los franceses llegan a Nápoles donde los españoles en retirada habían logrado concentrarse. Moncada con seis galeras quedó encerrado en su puerto ante el bloqueo de la flota de los Doria –tío y sobrino– que impedía la llegada de abastecimientos y auxilios por mar. El almirante español trata de romper el bloqueo y es derrotado y muerto en el combate naval de Amalfi. El panorama para los españoles no puede ser más triste. Pero la pérdida de esta batalla en el mar había de darle la preponderancia del mismo al emperador. La defección de Doria obró el milagro. Sus relaciones con Francisco I venían siendo

(3) La boda con María se desechó en cierto modo por razones económicas y sentimentales. Isabel de Portugal, que era mucho más guapa, aportaba también una más generosa dote. Sin embargo, María no dejaría perder su segunda oportunidad, ya que no con el padre (Carlos) casaría con el hijo (Felipe II).

cada vez más tensas y difíciles. El genovés aspiraba a la capitánía general de las galeras de Francia y Francisco I que al parecer se la había prometido, nombró a La Rochefoucauld de inferiores dotes y méritos. Esto –tras el incumplimiento económico de su contrato– rebosó la gota en el vaso del impulsivo Andrea. Los españoles prisioneros en Amalfi, principalmente el duque del Vasto no dejaron pasar la ocasión y pintaron a Doria con los más risueños colores los beneficios que obtendría con su entrada al servicio del emperador. Doria no se lo pensó dos veces y puso su experiencia y sus barcos a las órdenes de Carlos I. «Ahí están las galeras de Francia, – cuentan que dijo desdeñosamente a Babezieux– de las mías no tengo por qué dar cuenta» El propio emperador no ocultó su satisfacción y aprobó sin reservas las generosas capitulaciones, que garantizaban la libertad de Génova de una parte, y el nombramiento del almirante genovés de otra, como Capitán General de Mar, con jefatura superior de toda nave que se agregara a las suyas. Se ha podido decir con razón, que un corsario berberisco (Barbarroja) y un aventurero genovés (Doria) enseñaban a los reyes lo que vale la posesión del mar, lección desatendida por Francisco I.

Con este dominio ya efectivo del mar, los refuerzos pudieron llegar sin problemas y fue proyectado igualmente en otros ámbitos. Todavía con bandera genovesa, Doria estuvo amenazado en Ischia por franceses y venecianos, pero ya con bandera española estorbó de entrada el bloqueo de Nápoles y obligó a la retirada a los franceses. Los consejos de Doria, sus cualidades marineras y su experiencia en la guerra naval, prevalecieron siempre en las decisiones del emperador a quien acompañó personalmente en sus campañas marítimas. La suerte de Italia y prácticamente la del Mediterráneo la habían decidido el cambio de rumbo de doce galeras. Quizás fue este el momento en que el dominio del mar pesó más en la suerte y destino de un Imperio.

En 1529 termina la guerra. El Papa y el emperador se reconcilian. Francisco tuvo que aceptar las condiciones, Se firmó el Tratado de Cambray o paz de las Damas. El rey de Francia retiraba sus pretensiones sobre Milán, Génova y Nápoles y reconocía la completa soberanía de Carlos sobre Flandes y Artois. A mucha concesión menos propósitos. Francisco madurará de inmediato su nuevo plan. Sabe que no ha de encontrar aliados en la cristiandad, y que no le queda otro recurso que negociar con el turco. ¿Escrúpulos de conciencia en él rey cristianísimo? Ninguno. ¿Es que Carlos I lo había hecho mejor al atacar al Papa, y saquear Roma? Esta nueva orientación política francesa, que va a afectar sustancialmente al juego de las estrategias mediterráneas, obligaría también a Carlos a un replanteamiento de la suya propia.

Un segundo enfoque en las campañas navales del Emperador, ofrece también la perspectiva mediterránea como resultante de su política africana y de contención al naciente poder otomano en aquel mar. Mientras que la atención era absorbida por las guerras de Italia surge Barbarroja para complicar las cosas. En 1530 se proclama

bey de Argel, en golpe de Estado, pero sabe perfectamente que no podrá constituir su base de operaciones marítimas mientras los españoles mantengan un peñón fortificado que domina la ciudad y que defiende un solo capitán Martín de Vargas, con exigua fuerza. Emprende de inmediato Barbarroja la conquista, aunque Martín de Vargas resiste sin rendirse. La estrategia imperial habría exigido una rápida defensa de tan importante enclave, pero Carlos no quiso descomponer su Real Armada, enviando parte de ella al socorro y encomendó la misión al comendador de Cartagena Jorge Ruiz de Alarcón con dos naos genovesas allí fletadas. El convoy de refuerzo, insuficiente a todas luces, fue asaltado y cobrado por el pirata y a esta conquista siguieron otros actos hostiles contra las costas españolas. El almirante Rodrigo de Portuondo, «antiguo armador y reputado marinero» fue sorprendido y derrotado en Menorca imprevisiblemente por Cachidiablo que destruyó su flota y explotó hábilmente la victoria desquebrajando la moral de las guarniciones de Bugía y Orán que estuvieron a punto de abandonar las plazas. La situación se ponía muy mal para los españoles en este amplio teatro de operaciones. Se imponía el recobrar el dominio del mar, en entredicho tras las últimas operaciones de los corsarios. El nuevo capitán general Andrea Doria, será el encargado de lograrlo. En 1531 opera sobre las costas de África, pero Barbarroja disponía de un poderoso efectivo, de galeras que servían de coberturas a las incursiones de las numerosas fastas y galeotas empleadas en el corso. Lo supo Doria y obró con prudencia atacando Cherchel, a cincuenta millas de Argel, base logística de los navíos berberiscos, donde Barbarroja sacaba la mayor parte de sus abastecimiento. La jornada sin embargo no resultaría provechosa a pesar de que Doria tomó el pueblo, destruyendo instalaciones y cosechas, pero cosechando al mismo tiempo el desmán de la tropa sublevada. Se presentó de improviso el pirata y fue preciso emprender la retirada, pero en Porto Farina alcanzó una gran victoria sobre una fracción de las fuerzas navales berberiscas, equilibrando con esta acción el poder naval, que antes de la campaña lo detentaban los musulmanes (4).

Dos caminos seguían abiertos a Carlos I para el ejercicio de una estrategia válida, aplicable a sus planteamientos navales. El del sur, donde podía dar la batalla a los corsarios berberiscos, depredadores de las costas del levante español, agravada la situación tras la alianza ya confirmada de Francisco I con el Gran Turco, que hacía necesaria especialmente una acción encaminada a asegurar el dominio imperial en el Mediterráneo occidental. El segundo camino ofrecido era el del norte, donde por una parte había surgido el problema protestante y se imponía la adopción de medidas contra el amenazador avance de los turcos por la cuenca del Danubio. Carlos, descuidando el frente sur, (ya se ha visto que no quiso deshacer su escuadra

(4) La venganza de Barbarroja fue totalmente desproporcionada, demostrando hasta qué grado de crueldad era capaz de llegar. Decapitó a Domingo de Portuondo y 17 capitanes más, de los que pedía alto rescate y torturó increíblemente a Martín de Vargas, el prisionero de los Vélez.

para el socorro del Peñón de Argel) decidió dirigirse hacia el norte. Pero en 1532 la amenaza turca a la frontera oriental del Imperio alcanza su mayor peligro, Solimán el Magnífico con un ejército de 200.000 hombres ataca el valle del Danubio, siendo Viena su objetivo final. Entró en Hungría y obligó a retroceder a los imperiales. Es el momento de realizar el esfuerzo supremo. Carlos moviliza todas las fuerzas del Imperio, (hasta logra el apoyo protestante en la Dieta de Ratisbona), y reúne un poderoso ejército también dirigiéndose a la que ha quedado constituida como centinela de occidente. Como diversión concentró casi todas las fuerzas navales a su servicio, 35 naves, 48 galeras, con 12.000 hombres de desembarco y los puso bajo las órdenes de Doria para que atacase el flanco meridional europeo del imperio turco. El almirante eligió como puntos más vulnerables Corón y Patrás en el Peloponeso que daría casi por completo el dominio del golfo de Corinto. Las operaciones fueron un éxito y la diversión tuvo el objetivo estratégico esperado. Los turcos capitularon y fueron obligados a encerrarse en el golfo de Lepanto. El poder naval salvaría una vez más a Europa central de la invasión musulmana, y aunque las plazas se perdieran dos años después, el sacrificio de los españoles que las guarnecían impidió que el valle del Danubio y la propia Viena cayeran bajo el poder de Solimán y sirvieran como decisiva base para la conquista del resto de Europa (5).

Todavía habrá un nuevo reencuentro mediterráneo, entre los dos protagonistas de la discordia, Carlos y Francisco, ya que la extraña combinación turco-francesa, dará un nuevo contexto y ofrecerá curiosas perspectivas sobre las aguas de viejo mar latino. El reencuentro mediterráneo vuelve a ser por tanto emplazamiento y cita del ejercicio de un poder naval sobre el que gira la actitud terrestre. La muerte del Duque de Milán volverá a encender la guerra con Francia, y aunque el conflicto no sea en estos momentos popular, Carlos atraviesa los Alpes marítimos en julio de 1536 al frente de un fuerte ejército apoyado desde la costa por la escuadra imperial mandada por Doria. Su objetivo era la ocupación de Provenza y prácticamente de toda la costa mediterránea de Francia. Las tropas salidas de Lombardía deberían unirse a mitad de camino con las españolas de la Península y al propio tiempo se abriría otro frente en los Países Bajos para descongestionar al provenzal. El apoyo de la flota sería decisivo para la conquista de las principales plazas de la región sobre todo Marsella. Indirectamente Carlos pretendía romper el eje Marsella-Argel máximo obstáculo existente en la seguridad del Mediterráneo occidental. En principio la cosa fue fácil. La escuadra con Doria, Bazán y Requesens tomó Antibes, Tolón y Frejus, aprovisionando continuamente al ejército, pero Marsella se defendió con tesón y Carlos decidió dejar los caminos de la costa y tomarla por el interior, lo que constitu-

(5) Parece ser que el emperador intentó sacar algún partido de la conquista, ofreciéndola a cambio del peñón de Argel, pero si así sucedió, fracasaron los tratos, pues Corón fue abandonado en orden y con menos provecho de lo que habían hecho concebir frustradas esperanzas.

yó un grave error. Por fortuna se pudo retirar sin mayores contratiempos y una bien planificada campaña imperial justificó el objetivo. En realidad la campaña había sido desastrosa para las finanzas de Carlos y tampoco la economía de Francisco estaba en condiciones de resistirla. La habilidad del Papa Paulo III logró la tregua de Aguas Muertas entre ambos tenaces contendientes.

Pero Francisco I era experto en la ruptura de treguas y paces y rompió la de Aguas Muertas aliándose descaradamente con el poder turco buscando sacar los mayores provechos de la misma y tratando sobre todo de aprovechar aquella supremacía naval para conseguir el dominio de los golfos de León y Génova, con lo que los españoles como en las guerras anteriores no podrían socorrer por vía marítima a Italia que acabaría cayendo así en poder de los franceses. Se concentraron pues las fuerzas navales galas esta vez en el canal de la Mancha con el fin de conseguir la desunión por la mar del imperio de Carlos I. Maniobró éste con habilidad aliándose con Enrique VIII de Inglaterra con lo que quedó libre el canal a la navegación creando una potente diversión hacia las costas francesas de estos mares. Pero el plan terrestre era más complicado, con un triple ataque a Brabante, Rosellón y Piamonte para que al mismo tiempo Solimán entrara en Hungría atrayéndose a los imperiales hacia el Danubio. Y oído al parche. En la parte naval Barbarroja debía de tomar como base de operaciones nada menos que Tolón y controlar las comunicaciones marítimas entre España e Italia.

El ataque a Perpiñán realizado en 1542 fracasó pues las galeras imperiales al mando de Doria la socorrieron desde Rosas. El Emperador entonces en España, lejos de intimidarse ante la magnitud del ataque, consideró que las operaciones las debía conducir desde el centro de Europa y en las galeras de Doria, después de rechazar a los franceses de Perpiñán le condujeron desde Barcelona a Génova y desde allí marchó a Alemania. Otra vez el dominio del mar se oponía a los designios del rey francés. Doria regresó a Rosas a la que tomó como base de operaciones. Pero en la primavera del siguiente año, ante la consternación de la cristiandad, incluso de sus aliados franceses, la flota turca al mando de Barbarroja entró en Tolón. Doria sorprendido pudo a pesar de todo trasladarse a Génova y desde allí con todas sus fuerzas concentradas pensó en vigilar y oponerse a los movimientos del famoso corsario.

Barbarroja al llegar a Provenza se encontró con que sus aliados no tenían preparado ningún plan de operaciones, cosa que lo indignó. Los franceses no sabían lo que hacer después de conseguir tan formidable concentración de fuerzas navales pues parece ser que al propio Francisco I le repugnaba emplearlas contra Italia. Los planes de Barbarroja eran mucho mas amplios y lógicos Pensaba efectuar un gran desembarco en España y ayudar a los moriscos insurrectos de Valencia, con lo que el golpe infligido a los españoles hubiera sido de consecuencias incalculables. Por fin el rey francés consistió en que conquistaran Niza y Villafranca, plazas que fueron atacadas sin resultados prácticos y cuando la estación de invierno se acercó y las ope-

raciones se suspendieron como era la costumbre, Barbarroja se fue a invernar a Tolón y al siguiente año, vista la indecisión de su aliado, se retiró al Bósforo, no sin dejar sentir las huellas de su paso por las costas de Italia.

Ésta fue prácticamente la última campaña naval importante del reinado de Carlos I, que para finalizar el tema tuvo lugar en el escenario mediterráneo. En los siguientes murieron Francisco I y Barbarroja los dos grandes rivales del emperador. Otra era iba a comenzar; la de Felipe II y la de la contrarreforma en la que el dominio del mar iba a ser disputado aún más implacablemente, decidiéndose en Lepanto y en la jornada de Inglaterra el destino de Occidente...